



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional

De puño y letra: apuntes y correspondencias entre literatura y boxeo
Juan Pablo Zangara
Actas de Periodismo y Comunicación, Vol. 2, N.º 2, diciembre 2016
ISSN 2469-0910 | <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/actas>
FPyCS | Universidad Nacional de La Plata
La Plata | Buenos Aires | Argentina

De puño y letra: apuntes y correspondencias entre literatura y boxeo

Juan Pablo Zangara

zangarajp@yahoo.com.ar

Facultad de Periodismo y Comunicación Social
Universidad Nacional de La Plata
Argentina

*Deporte obscuro, repudiable, arcaico,
el boxeo es el más excitante y literario de todos.*
Oswaldo Soriano

1. “Torito”, esa “bandera en la cumbre de los cuentos sobre boxeo” –como apunta con razón Ariel Scher (2014: 75)-, el fantástico monólogo imaginario en el que Justo Suárez rememora sus años como campeón argentino de los livianos, es un hojaldre de recuerdos. El texto está dedicado a la memoria de don Jacinto Cúcaro, docente en el Normal Mariano Acosta, que aprovechaba las clases de pedagogía para hablar de las peleas del ídolo de Mataderos. Julio Cortázar recuerda haberlo escrito “entre mate y mate” una tarde de lluvia de 1952, allá en su piecita de París, según cuenta –junto a una fotografía de Justo Suárez- en *La vuelta al día en ochenta mundos* (1968). Esa tarde, sentado “tan lejos en las últimas gradas del recuerdo”, lo que “asomó en la memoria” para soltar la escritura fue una lejana noche de la infancia. Una noche en una casa de Banfield, en 1923, con el barrio en torno de una radio de galena donde un tío se las ingeniaba, auriculares mediante, para sintonizar la emisora que retransmitía las alternativas del combate entre Luis Ángel Firpo y Jack Dempsey por el título mundial de los pesos pesados. Hay aquí algo más que una anécdota familiar o que la historia íntima detrás de un cuento. Al atar los dos extremos del recuerdo (el chico de nueve años que se abraza a su tío para llorar por la derrota de Firpo y el escritor adulto que compone

el primero de sus relatos sobre boxeo porque recuerda, entre otras cosas, su temprana fascinación por ese mundo y, en especial, la noche de aquella pelea), al anclar la literatura en una escena de infancia, Cortázar contribuye con una figuración imaginaria de su identidad como escritor, con lo que podría denominarse una mitología de escritor. Junto con el surrealismo y la patafísica, con el jazz y la revolución sandinista o cubana, el boxeo aparece como una de las marcas características de su figura de escritor. No sólo por cuentos memorables como "Segundo viaje" o "La noche de Mantequilla", sino también porque el boxeo le permite articular una de sus definiciones más famosas sobre la literatura –aquella frase que dice "la novela gana por puntos, pero el cuento por nocaut".

Con esta escena tejida por el recuerdo en *La vuelta al mundo...*, Cortázar inscribe su escritura (o al menos una línea de su producción literaria) en la que probablemente sea la fundación mitológica del boxeo en la Argentina. Se recordará que la vibración social de la pelea Firpo-Dempsey llevó a que el presidente Marcelo T. de Alvear levantara la prohibición que pesaba sobre este deporte; y así fue determinante en su posterior desarrollo, porque en esa escena fundacional se imbricaron por primera vez, de manera decisiva, el boxeo y la radio.

Se podrían trazar a partir de aquí dos coordenadas. La primera es más general y pasa por el lazo íntimo que, en esta etapa fundacional, se teje entre el mundo del deporte y medios de masas como la prensa y la naciente radiofonía (en esta época, y hasta mediados de los años '50 o '60 aproximadamente, en el caso argentino, cabría enumerar al boxeo, el fútbol, el turf y el automovilismo); lazo que configura una verdadera mitología popular donde se teje, además, una definición de lo nacional, tal como Eduardo Archetti ha estudiado en ese clásico que es *El potrero, la pista y el ring* (2001).¹ La segunda coordenada es algo más específica; pasa por un detalle que quizá habilite una hipótesis estética. Según cuentan los registros históricos, la transmisión radial del combate Firpo-Dempsey consistió en la lectura actualizada de los cables que llegaban desde el Polo Grounds de Nueva York. Para quienes estuvieron pendientes esa mítica noche de la sintonía de la radio, no había, pues, opción: *había que imaginar la pelea*. De pronto, en los albores de la moderna técnica radiofónica, la voz humana volvía a cargarse de magia; en el corro ritual donde se acomodaban los escuchas junto a los receptores, las palabras volvían a convertirse en lo que acaso siempre han sido: unas chispas inciertas para el cine de la mente. La radio, en todo caso, debía suplantar al cine, hasta que la prensa reprodujera unas cuantas fotos brumosas.

Todo el sentido de la épica está allí, en una voz que narra las hazañas de los héroes. En "Torito", el ritmo y el pulso de la oralidad es decisivo (tanto más si se recuerda la tuberculosis que ha postrado al personaje). En *La vuelta al mundo...*, al

vincular la escritura del cuento con el hito fundacional de la épica popular del boxeo en la Argentina, Julio Cortázar refuerza su propia mitología literaria con la clave de ese deporte, y la anuda al mismo tiempo con una de las líneas principales de la mitología nacional-popular que el deporte ha contribuido a tejer desde entonces.²

2. Como tema, como asunto de la mimesis estética, el universo del boxeo (como el de tantos otros deportes) ha ejercido una fascinación múltiple sobre las artes desde fines del siglo XIX. Basta pensar en los cuentos de Jack London (como "Por un bistec", publicado en 1909 en el *Saturday Evening Post*, uno de los mejores jamás escritos) o los de Ernest Hemingway para iniciar un recorrido interminable por el mundo de las letras. Basta detenerse en el célebre óleo de George W. Bellows que registra el instante en el que Firpo arroja a Dempsey fuera del ring (óleo parodiado en un repetidísimo episodio de ese pastiche incesante de citas, *Los Simpsons*: episodio tres, octava temporada, *The Homer they fall*, cuando Homero es convencido por Moe para convertirse en boxeador profesional); o en Thomas Eakins, Umberto Boccioni, Salvador Dalí o Steve Huston para dar cuenta del dinamismo, los volúmenes y las masas de color con que la pintura se ha acercado al *ring*. Cómo no mencionar la escultura, convocada a menudo para retratar a los ídolos populares (isi hasta Rocky Balboa cuenta con una estatua!).

Junto con la literatura, el cine se ha convertido en una fábrica imparable de imágenes sobre el boxeo –probablemente sea el deporte que más ha convocado el interés de la fábrica de sueños. En ese sinfín de retratos y de intrigas cabría destacar al menos tres películas: las piruetas de Buster Keaton en *Battling Butler* (1926), modelo mítico de todas las comichidades posteriores; *Toro salvaje* (*Raging Bull*, 1980), la cruda semblanza del campeón mediano Jake LaMotta, en el cuerpo de Robert De Niro y bajo la mirada brutal de Martin Scorsese; y *Más dura será la caída* (*The Harder They Fall*, 1956), en la que nada menos que Humphrey Bogart interpreta a un periodista de box resignado al juego mafioso de los promotores, obligado a ensalzar las inexistentes virtudes de un "paquete" venido de Argentina y que se hace llamar... el Toro Salvaje de las Pampas.

La fascinación de los escritores por el boxeo, y la atracción que el boxeo ejerce en otros artistas, alcanza una intensidad peculiar. Por cierto, a menudo asoma la continuidad de una pasión; por mencionar dos ejemplos característicos, el padre de Abelardo Castillo había sido boxeador, al igual que el padre de Eduardo Pavlovsky, según le han contado a Osvaldo Principi (2006). No debería extrañar, entonces, que el boxeo se filtre en sus escrituras, o que consideren la literatura o el teatro en los términos del box. ¿Quién no recuerda, en esta clave, la bravata de Roberto Arlt en el prólogo a *Los Lanzallamas* (1931), apostando por una ficción literaria que tuviera

la contundencia de “un *cross* a la mandíbula”? Pero el boxeo supone algo más –por si este vínculo no fuera suficiente–, ya que la afición de los escritores por practicarlo ha derivado en un catálogo inevitable, que Juan Tallón resume en “la saga de los escritores-boxeadores” (2012).

La figura de Ernest Hemingway en pose con sus guantes frente a un espejo, junto con la historia de aquella tarde en París cuando el escritor canadiense Morley Callahan lo derribó de un certero golpe (mientras el mismísimo Francis Scott Fitzgerald controlaba el tiempo), es apenas una de las cimas de este paisaje entrelazado de literatura y boxeo. De nuevo, el arte de los puños aparece aquí como un rasgo de identidad en el mito del escritor norteamericano, al igual que las corridas de toros o las excursiones de caza; el cuerpo fortachón y las proezas de fuerza de Hemingway (entre las que se cuentan su proverbial resistencia ética) explicarían así la potencia de sus frases y la contundencia de su literatura. Por qué no incluir en esta saga al argentino Dalmiro Sáenz, fallecido recientemente, que supo desempeñarse como *sparring*.³

El multifacético artista francés Jean Cocteau se enamoró de la poesía del boxeo en la figura de Alfonso Teófilo “Panamá” Brown (Al Brown), un legendario campeón gallo de los años '20 (el primer campeón hispano de la era profesional), con quien compartió una relación amorosa en la Francia de entonces. “Brown representa para mí la cumbre del box, un poeta, un mimo, un bailarín y un brujo que transporta entre las cuerdas la conquista perfecta y misteriosa de un supremo enigma humano: el enigma de la fuerza”; “Al era un poema en tinta negra, un elogio de la fuerza espiritual que se imponía sobre la fuerza a secas”: a los ojos de Cocteau, el box deviene una poesía del cuerpo, una más entre las artes plásticas.

El pintor madrileño Eduardo Arroyo, amante del boxeo, se interesó en los vericuetos de esta relación afectiva entre el poeta francés y el púgil panameño (Arroyo 1995). La historia le invita a trazar algunas correspondencias entre la pintura y el box:

El pintor es un hombre solo. El boxeador es un hombre solo.

El *ring* es un cuadrado blanco, marcado por la sangre, el sudor, el agua y la resina donde se representa el drama.

Sangre, sudor, lágrimas. Éxitos raros y fracasos frecuentes.

Una toalla vuela como una paloma derribada por un disparo (Arroyo 1990).

La lona blanca del *ring* es el lienzo dispuesto para la *action painting* expresionista de dos cuerpos. Una composición con los colores de la sangre y el *dripping* del sudor.

En esta galería no puede faltar un poeta boxeador (así como cabe agregar un boxeador poeta como Sergio Víctor Palma). El 23 de febrero de 1916, en la plaza de toros de Barcelona, el bufón surrealista Arthur Cravan cruzó más fintas y payasadas que golpes con el campeón de los pesos pesados Jack Johnson, que se cansó rápidamente de patearle el culo al francés.

3. La leyenda de Jack Johnson está en el corazón de uno de los puntos de inflexión para la música del siglo XX. Otra manera de decirlo es que el boxeo interviene dos veces, o en una doble instancia, en un momento bisagra de la historia del jazz (y la música contemporánea).

La práctica habitual en un gimnasio del Bronx primero, y en uno de Harlem después, conseguían que Miles Davis estuviera en forma para tocar. Alguna vez confesó que la rutina boxística le permitía recuperar sus pulmones al cabo de sus presentaciones nocturnas. “No me pegues en la boca, tengo que tocar esta noche”, solía pedirles a sus ocasionales *sparrings*. Su concentración en lo que resultaba un entrenamiento físico, mental y artístico a la vez (en ese lugar en el que la disciplina de un instrumento exige tanto del cuerpo como el boxeo) podría asimilarse a lo que Loïc Wacquant ha escrito sobre el sacrificio en *Entre las cuerdas* (2006). Púgil aficionado y entusiasta, admirador de Ray Sugar Robinson, la leyenda cuenta que Miles llegó a cruzar guantes con un joven Roberto *Mano de Piedra* Durán, cantante aficionado. En la nómina de sus rivales de ocasión se cuenta incluso el músico brasileño Hermeto Pascoal, que asegura haber golpeado en la boca al trompetista (Kurchak 2015).

El promotor Bill Clayton, cinéfilo coleccionista (con el tiempo sería mánager de Mike Tyson), le propuso a Miles Davis que compusiera la banda de sonido para el documental en el que trabajaba, *Breaking Barriers*, dedicado a la carrera del legendario Jack Johnson.⁴ Si bien Miles había emprendido el camino que lo alejaría del *cool* de *Kind of Blue*, nada se parecía a lo que ocurriría durante las sesiones de grabación de esa banda sonora. Para comprenderlo, no basta con escuchar el disco que con asombrosa pericia ensambló Teo Macero, el responsable artístico de las dos pistas que conforman el *Jack Johnson Tribute* de 1971. Habría que esperar hasta la edición íntegra en 2003 (en cinco discos compactos, a cargo de Sony) de las sesiones completas entre 1969 y 1970, en las que Miles disputa un *ring* imaginario con la guitarra de John McLaughlin, el bajo de Dave Holland y la batería de Jack DeJohnette, entre otros. Un *tour de force* estridente, de fusión rockera, de fraseos frenéticos y notas sostenidas con todo el aire de los pulmones, una trompeta que ataca con rectos fulminantes.

El boxeo en primera instancia, pues, como ejercicio regular del cuerpo del músico. El boxeo en segunda instancia, luego, como núcleo temático de una composición, como punto de encuentro imaginario en una sesión musical. Acaso haya que agregar una tercera instancia: el boxeo como clave metafórica para comprender la práctica artística. La música se piensa en Miles en la clave del boxeo:

“El boxeo es como la música: cada día se aprende algo. (...) Yo no bajo la guardia cuando toco. En un grupo nunca debes dejar que el que toca atrás adivine cuándo vas a retirar el instrumento de tus labios y hacer una pausa. Es como en el boxeo: siempre hay que acorralar al adversario”.⁵

4. A la par de los cuentos, las novelas y los filmes que narran el drama de los héroes del box (un universo ficcional que suele preferir los desgarramientos de la tragedia), en la biblioteca de referencias no pueden faltar dos libros. El primero es el magnífico reportaje realizado por Norman Mailer en torno del mítico combate entre Muhammad Alí y George Foreman por el título mundial de los pesos pesados, en octubre de 1974. La combinación estaba servida, es cierto: el personaje y los avatares de la biografía de Alí, la pelea en el corazón de África, el Zaire del dictador Mobutu; sumado a la egolatría del propio Mailer, que dedica un número escandaloso de páginas para hablar de sí mismo... ¡cómo no hacer literatura con eso! Sin embargo, no es menos cierto que la narración del combate en sí despliega una precisión y un grado de observación y análisis que ya quisieran los mejores cronistas del *ring side*.

El segundo libro es el ensayo –o la colección de breves ensayos- de la escritora Joyce Carol Oates, *On Boxing (Del boxeo)*, que explora con sutileza los diálogos posibles entre “la dulce ciencia del aporreamiento” (la preciosa definición del inglés Pierce Egan) y un conjunto de tópicos literarios y humanísticos. El encanto que producen las páginas de este ensayo y las múltiples derivas de sentido que sugieren (y que cabe celebrar) no deberían hacer olvidar dos aspectos problemáticos. Por un lado, J. C. Oates reitera que no considera al boxeo un deporte –habrá que volver luego sobre este tópico-; por otro lado, el énfasis repetido en lo *primordial* del boxeo (baste con esta cita: “los espectadores de los combates de boxeo reviven la infancia homicida de la raza”, 2014:42), la fascinación ritual de este sacrificio sobre el altar del *ring* y otras imágenes similares, configuran de modo evidente *una mitología literaria* antes que un análisis deportivo. Dicho en otras palabras, es como si la escena pugilística (después de las reglas del marqués de Queensberry, es decir, desde su definición moderna) se

prestara mejor que otros deportes para la invención literaria, para la mitologización poética, para los *rounds* de la fantasía estética.⁶

Se recorta aquí, insistente, el mismo interrogante: ¿qué es lo que atrae a los escritores de esta manera? ¿Qué hay en el boxeo, además de sus héroes y sus intrigas, sus temas y sus motivos, que ejerce tamaña fascinación sobre la literatura? La propia Carol Oates aventura una primera hipótesis:

“una de las razones de la habitual atracción de escritores serios por el boxeo (desde Swift, Pope y Johnson, hasta Hazlitt, Lord Byron, Hemingway y Norman Mailer, George Plimpton, Ted Hoagland, Wilfrid Sheed, Daniel Halpern y otros) es el sistemático cultivo del dolor de ese deporte en aras de un proyecto, de una meta vital: la voluntaria trasposición de la sensación que conocemos como dolor (físico, psicológico, emocional) a su polo opuesto. Si eso es masoquismo (...), es también inteligencia, astucia, estrategia. Es un acto de autodeterminación consumada: el restablecimiento constante de los parámetros de nuestro ser” (*op. cit.*: 52).

De modo similar a lo que ocurría con Miles Davis, la práctica del boxeo y la práctica de la escritura se asemejan en la disciplina, en la rigurosidad del trabajo, en la resistencia ante el dolor en aras de la prosecución de un proyecto. No está mal reparar en la dimensión física del trabajo intelectual, en la disciplina corporal que supone una práctica como la escritura. En las metáforas, las comparaciones, las imágenes boxísticas que contribuyen a definir un estilo literario, subyace también una cierta representación del cuerpo que escribe.

Más adelante, Oates arriesga una segunda hipótesis:

“La razón de que ningún otro deporte produzca tal ansiedad *teórica* se explica en el núcleo de la fascinación que ejerce el boxeo sobre los escritores. Es la cosa en sí, pero es también su significado para el individuo, cambiante y problemático como una imagen distorsionada en un espejo. El escritor contempla a su contrario en el boxeador, que es todo exhibición pública, todo riesgo e, idealmente, improvisación: él conocerá su límite de una manera en que el escritor, como todos los artistas, nunca llega a conocer: pues nosotros, que escribimos y vivimos en un caleidoscópico mundo de valoraciones y juicios en cambio permanente, somos incapaces de determinar si es revelación o supremo autoengaño lo que alimenta nuestros esfuerzos más cruciales” (*op. cit.*: 99).

El boxeador es la imagen en espejo del escritor, pero en lo que a éste le falta. Es una imagen invertida, porque el boxeador no puede contar con la coartada

preferida del artista, el autoengaño. Todo púgil conoce su límite de la manera más brutal, mientras que el escritor se puede permitir la duda infinita. Más allá de los argumentos de Oates, hay un núcleo de interés en este juego de espejos. Algo así había intuido Budd Schulberg, autor de la novela y el guion del filme *The Harder They Fall*:

“Uno tiene un promotor, el otro un editor. Uno tiene un mánager, el otro un agente literario. Uno tiene un entrenador, el otro un corrector de estilo. Pero cuando suena la campana todo es accesorio. Estás ahí fuera, bajo las lámparas, desnudo y solo. Y lo que hagas o dejes de hacer puede formarte una reputación o destruirla de por vida. Eso es lo que hace tan fuertes los nexos entre boxeadores y escritores” (citado en Tallón, *op. cit.*).

5. La figura del boxeador aparece como un doble fascinante para el escritor. El arte deja de ser una cuestión del espíritu para convertirse en un asunto del cuerpo. Si Charles Baudelaire, en uno de los poemas de *Las flores del mal* (1861), podía imaginarse al poeta que deambulaba en el espacio urbano al encuentro fortuito de un verso en la figura del esgrimista⁷, ¿qué impide entonces imaginar a la vez al escritor en la figura del boxeador?

La literatura, en la magistral definición de Roland Barthes, se resume por completo en “la grafía compleja de las marcas de una práctica, la práctica de escribir” (2006 :123). En el plano de inmanencia de esa práctica, la escritura es una aventura de la mano tanto como una escena liberada del significante. Gracias a los movimientos de la mano, el propio Barthes se daba el gusto (se entregaba al placer) de enlazar la escritura, la pintura y la música en su sala de trabajo (donde, junto a los útiles para escribir, había pinceles, témperas y un piano). Por qué no seguir soltando la mano para incluir allí la mimesis del box; por qué no imaginar el boxeo como una poesía de la mano, como una liberación de los gestos del cuerpo, tal como Eduardo “Tato” Pavlovsky imaginaba las semejanzas entre el boxeo y el teatro.

Sobre el final de su *Lección*, a la hora de apostar por una semiología según el modelo obcecado y desplazado de una literatura empeñada en engañar los dispositivos del poder (una semiología del texto, de la escritura, del significante), R. Barthes recupera una distinción entre las artes plásticas propuesta en su momento por Leonardo Da Vinci. La literatura, dice, sigue el modelo de la pintura antes que el de la escultura; “pinta en vez de excavar, *via di porre* en lugar de *via di levare*” (*op. cit.*: 144). La práctica de la escritura, como la pintura, se despliega sobre la página o el lienzo, *via di porre*. El práctica del boxeo, que se despliega en la página

en blanco o el lienzo del *ring*, ¿no ha sido definida por Pierce Egan como “la dulce ciencia del *aporreamiento*”?

6. Antes que Joyce Carol Oates, puede que sin saber de ella, Dante Panzeri le había negado el carácter de deporte al boxeo (al igual que al automovilismo), lo que por supuesto no impedía que *El Gráfico* que lo contaba entre sus filas se ocupara del *ring side*. Es uno de los debates constitutivos de la *illusio* específica del campo del box, o del campo del deporte: ¿el box es o no un deporte? Aceptar el envite de ese interrogante supone entrar a jugar el juego del campo en cuestión. Cómo no rescatar, entonces, un texto como “El noble arte”, de Julio Cortázar (el texto mencionado al comienzo), para abrir un itinerario en el que escritores, poetas, pintores, músicos, dramaturgos, cineastas y tantos otros han defendido la poesía de los puños.

El boxeo aparece así como algo más que un “noble arte”. Se convierte en una clave de la experiencia artística, en un conjunto de coordenadas para imaginar las prácticas artísticas. En el boxeador aparece una imagen especular del escritor y del artista: un héroe solitario, un maestro del estilo, un cuerpo curtido por la disciplina y la ambición de un ideal. El boxeador resulta entonces un modelo y una figuración posible para el escritor.

Notas

(1) En líneas generales, la imbricación en el seno de la sociedad de masas entre deportes y medios de comunicación podría considerarse en los términos propuestos por Jesús Martín Barbero en *De los medios a las mediaciones* (1987).

(2) La fundación de una mitología nacional anclada en la dimensión popular del boxeo puede advertirse en uno de los ensayos fundacionales del boxeo moderno: *Boxiana* (1826), de Pierce Egan.

(3) Entre los escritores argentinos que se animaron a practicar boxeo se encuentra un joven Adolfo Bioy Casares, que aprovechó esos recuerdos en *Un campeón desparejo* (1993).

(4) La referencia puede encontrarse en el siguiente link de internet:
<http://izquierdazo.com/el-sonido-del-boxeo-segun-miles-davis/2897>

(5) Fuente de la cita: ver nota anterior.

(6) Más allá del atractivo literario o las relaciones posibles con ciertas conjeturas filosóficas sobre los juegos en la Antigüedad, desde el momento en que la práctica del boxeo conlleva reglamentos y un aprendizaje técnico para nada sencillo, no resultado acertado insistir en lo “arcaico” o lo “primitivo” de este deporte.

(7) "Por todo el barrio viejo (...), cuando el sol cruel pega con rayos redoblados (...), voy a ejercitarme solo en mi fantástica esgrima,/ oliendo en todos los rincones el azar de la rima". "El sol". En: C. Baudelaire, *Las flores del mal*. Bs. As., Colihue, 2006.

Bibliografía

- Archetti, Eduardo P. (2001), *El potrero, la pista y el ring. Las patrias del deporte argentino*. Bs. As., Fondo de Cultura Económica.
- Arroyo, Eduardo (1990), *Sardinas en aceite*. Madrid, Mondadori.
- Arroyo, E. (comp.) (1995), *Cocteau-Panamá Al Brown. Historia de una amistad*. Barcelona, Círculo de Lectores-Galaxia Gutenberg.
- Barthes, Roland (2006), *El placer del texto y Lección inaugural*. Bs. As., Siglo XXI.
- Cortázar, Julio (1968), *La vuelta al día en ochenta mundos*. Bs. As., Siglo XXI.
- Kurchak, Sarah (2015), "No me pegues en la boca, tengo que tocar esta noche: Miles Davis y el box". Publicado en el sitio web *Fightland*, 22 de enero. Consultado en línea:
http://fightland.vice.com/es_mx/blog/no-me-pegues-en-la-boca-tengo-que-tocar-esta-noche-miles-davis-y-el-box
- Mailer, Norman (2013), *El combate*. Barcelona, Contraediciones.
- Oates, Joyce Carol (2014), *Del boxeo*. CABA, Punto de Lectura.
- Principi, Osvaldo (2006), *La vida es un ring*. Bs. As., Capital Intelectual.
- Scher, Ariel (2014), *Contar el juego. Literatura y deporte en la Argentina*. CABA, Capital Intelectual.
- Tallón, Juan (2012), "La saga de los escritores boxeadores". *Jot Down Magazine*. Consultado en línea: <http://www.jotdown.es/2012/09/la-saga-de-los-escritores-boxeadores/>
- Wacquant, Loïc (2006), *Entre las cuerdas. Cuadernos de un aprendiz de boxeador*. Bs. As., Siglo XXI.